

REFLEXIONES SOBRE LA REVOLUCION MARXISTA

A propósito de los 50 años de la Revolución Rusa

Franz Josef Hinkelammert

Dr. por la Universidad libre de Berlín

Si bien es cierto que hoy en día el movimiento revolucionario marxista no es ya el único en proponer una definición de la revolución social, sin embargo los esquemas revolucionarios marxistas siguen dominando la discusión en la opinión mundial. Es esto algo bien comprensible. Por un lado, las grandes revoluciones que se efectuaron durante este siglo son las revoluciones comunistas; por otro, los círculos marxistas eran, hasta hace poco, los únicos que se preocupaban por elaborar una teoría de la revolución. Se comprende, pues, que aun hoy día una reflexión sobre la revolución tiene que partir de la reflexión marxista.

Ciertamente, la revolución marxista clásica es la revolución rusa. La revolución china no ha cambiado nada de este hecho. Será, pues, necesario referirse a aquélla para poder detectar los elementos y las etapas claves de la revolución social como tal.

Una reflexión sobre estas etapas se hace cada vez más necesaria. El análisis marxista, en efecto, es muy unilateral en su discusión de las etapas y subraya arbitrariamente algunas en desmedro de las otras. Se concentra en una mística de la toma del poder por el movimiento popular, pero soslaya el análisis de las distintas etapas del proceso de la re-

volución social. Por nuestra parte hemos intentado efectuar este análisis y llegamos a destacar las siguientes etapas básicas:

1. **La etapa de la lucha por la toma del poder.** Frente a una sociedad conservadora y estancada, con estructuras insuficientes, surge el movimiento de cambio que pretende construir una sociedad nueva. Esta es la etapa más estudiada en el movimiento marxista que describe —en términos muy incompletos— las dos alternativas de la toma del poder: la vía electoral o la vía violenta.
2. **La etapa de los cambios.** Una vez en posesión del poder, se trata de reemplazar las estructuras de la sociedad antigua por las de la sociedad futura. El marxismo ha reflexionado muy poco sobre esta segunda etapa, y la confunde con frecuencia con la primera. Sin embargo, su problemática es muy distinta, aunque ella presenta también dos alternativas que corresponden en cierta medida a las de la toma del poder. Son ellas la vía de la dictadura del proletariado y la vía electoral constitucional.
3. **La etapa de la sociedad posterior a la revolución.** La teoría revolucionaria marxista, pragmática

e inmediatista, no la toma en cuenta. Sin embargo el fin que se pretende alcanzar, es decir, el rostro de la sociedad nueva, influye necesariamente en las modalidades de la toma del poder y de las vías del cambio. Las mismas alternativas que encontramos en las dos primeras etapas vuelven a plantearse aquí: la sociedad futura podrá ser una mera prolongación lineal de la dictadura del proletariado o una sociedad dotada de un nuevo pluralismo. Implícitamente el marxismo opta por la primera alternativa, lo que le da su carácter totalitario y convierte la dictadura del proletariado, de mera etapa, en fin definitivo del proceso de la revolución.

Las tres etapas de una teoría revolucionaria se pueden vincular hasta cierto punto entre sí. Es posible descubrir una afinidad entre la toma del poder por la violencia, el cambio a través de la dictadura del proletariado y la sociedad futura como prolongación lineal de la dictadura del proletariado. Por otro lado, se puede vislumbrar una coherencia entre la toma del poder a través de elecciones, la realización de los cambios por medios constitucionales y un nuevo pluralismo como base de la sociedad futura. Pero sería abusivo dar un carácter absoluto a estas afinidades. Es perfectamente concebible que la toma violenta del poder prepare una etapa de cambio institucional y nadie puede negar la posibilidad de que la dictadura del proletariado sea realmente una etapa transitoria hacia un nuevo pluralismo social en base a las nuevas estructuras establecidas. La historia no se puede interpretar mecánicamente dentro de un esquema meramente teórico.

Las vías de la toma del poder

El esquema teórico básico que acabamos de presentar nos da una herramienta para reflexionar sobre la revolución marxista, sus alcances y sus contradicciones. Concentraremos nuestra reflexión sobre dos complejos principales. El primero es el de las vías para la toma del poder, que el marxismo suele llamar confusamente *vía revolucionaria*. Creemos que existe ahí una variedad que supera la alternativa simplista de "vía violenta" o "vía electoral". El segundo complejo es el de las vías de cambio en su interrelación con la sociedad posterior que se pretende construir.

Respecto a la toma del poder, el movimiento marxista presenta, desde el momento de su surgimiento, una gama muy variada de conceptos. El

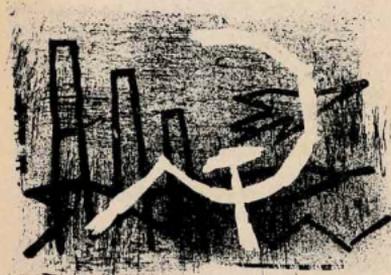
punto de vista central es siempre la revolución mundial pero el método para empezar la revolución se discute muy poco. Los mismos clásicos del marxismo —Marx y Engels— se interesan principalmente en el análisis de los factores económicos y sociales básicos que explican la tendencia de la sociedad capitalista hacia la revolución. Los métodos de la revolución y su táctica son para ellos absolutamente secundarios, y constituyen un problema de mera conveniencia histórica. Esta orientación se debe a un concepto básico que Marx y Engels comparten con el movimiento comunista anterior a la Primera Guerra Mundial. Según ellos, la revolución mundial se origina en los grandes centros de poder del sistema capitalista y desde estos mismos centros llega a liberar a los pueblos colonizados y dependientes. Por de pronto, el momento histórico parecía darles la razón a estos movimientos marxistas europeos. El mundo colonizado era débil y la intervención de los países capitalistas pudo sofocar con gran facilidad cualquier intento de liberación. Como el mundo de aquel entonces era de hecho un mundo dominado por Europa, era natural concebir que la revolución mundial debía originarse en Europa. Se puede, en cierto sentido, hablar de un paternalismo europeo en el movimiento comunista mundial, que se refleja todavía hoy en la posición de la Unión Soviética frente al problema de la revolución mundial y de las vías de la toma del poder.

El planteo ruso

Este esquema de la revolución mundial se vio debilitado, sin embargo, desde la misma revolución rusa. Encontramos la explicación teórica de este hecho en la famosa teoría de Lenin del "eslabón más débil de la cadena". El capitalismo mundial aparece en ella como una gran cadena con eslabones de diferente tamaño y diversa fuerza, y se afirma que el mejor modo para romper la cadena, y con ella todo el sistema capitalista, es atacar al eslabón más débil.

Se nota en seguida que esta teoría es una teoría de compromiso. Mantiene el paternalismo europeo respecto a la revolución mundial, pero otorga a los países coloniales y semi coloniales cierto papel activo que, en alguna manera, los convierte en sujetos de la revolución mundial, mientras en el concepto de Marx y Engels eran meros objetos que debían esperar su salvación desde afuera sin possibili-

dad alguna de participación. Pero como Rusia era un país europeo todavía semi colonial, la teoría leninista del eslabón más débil refleja esta situación. Lenin no concebía una revolución en un país colonial o semi colonial que no fuera seguida inmediatamente por una revolución en los países capitalistas dominantes. La revolución en un país colonial (el eslabón más débil de la cadena del capitalismo) es una mera condición de la revolución europea, y sólo en cuanto tal tiene importancia y valor. La teoría leninista está condicionada por las circunstancias históricas concretas de la Rusia zarista.



Es bien sabido que la historia siguió rumbos distintos. Sin embargo, la toma del poder en Rusia por el movimiento bolchevique se efectuó conforme al concepto europeo de revolución, anterior a la 1ª Guerra Mundial. La teoría paternalista europea creía que la revolución mundial partiría de los países capitalistas y llegaría sólo en sus últimos tramos hasta los países coloniales y dependientes. Conforme a este esquema, la revolución se desencadenó en Rusia en los grandes centros de poder —Petrogrado y Moscú— y de ahí se extendió a todo el país por medio de una prolongada guerra civil, sin perder jamás el control de estos grandes centros urbanos.

La revolución rusa obedeció, pues, al pie de la letra, al esquema elaborado dentro del movimiento revolucionario europeo, según el cual ella debe apoderarse primero de los grandes centros industriales en cada país. En ella la violencia no juega un papel importante. La toma del poder se llevó a cabo a través de manifestaciones de masas y sólo parciales e insignificantes choques violentos. La violencia en la guerra civil rusa fue sólo un paso subsiguiente. No preparó la toma del poder sino que la confirmó, para defender la revolución. Incluso fue una mera

respuesta a un conato de guerra civil desencadenado por la contra-revolución.

De este análisis de la revolución rusa se desprenden dos elementos básicos: es una revolución concebida expresamente como vanguardia de la revolución europea, y para la cual la violencia no es un rasgo esencial. Es perfectamente concebible que hubiera podido realizarse con un mínimo de violencia. La toma de poder definitiva fue el resultado de la movilización de las masas en los grandes centros de poder.

Estos dos elementos básicos aparecen en toda la historia posterior de la revolución rusa, aunque revistan apariencias muy distintas en el transcurso de ella. El cambio más fundamental es el reemplazo de la teoría del eslabón más débil, con su consecuencia de la revolución permanentemente dirigida hacia Europa, por la tesis staliniana del establecimiento del socialismo en un país. Para Stalin, Rusia es capaz de desarrollar por sí sola la revolución mundial y de construir el socialismo, con tal de que se pueda resguardar de las posibles intervenciones de los países capitalistas. Esto significa la maximización ilimitada del desarrollo económico, sin ahorrar sacrificio alguno, y la orientación de toda la actividad internacional —inclusive de todo el movimiento comunista internacional, si fuera necesario— hacia la seguridad exterior de la Unión Soviética.

Para Stalin era ésta una tesis meramente pragmática, sin mayor elaboración teórica. Esta se realizó sólo después de su muerte y se puede constatar que su elaboración no impidió que la teoría primitiva se mantuviese en gran parte vigente. La actual coexistencia pacífica expresa solamente las implicaciones básicas de ésta.

En cuanto al "paternalismo europeo" anterior a la Primera Guerra Mundial, se observa un cambio de sujeto; la revolución mundial no parte ahora del eslabón más débil dentro de los países capitalistas, sino de la Unión Soviética. Para la URSS, los países subdesarrollados son meros intermediarios en un proceso revolucionario que se origina en Rusia y debe terminar en los países capitalistas del mundo desarrollado. La liberación del Tercer Mundo es sólo uno de los factores de la descomposición del capitalismo mundial. Hasta cierto punto el paternalismo europeo sigue vigente, ya que Rusia se considera siempre como parte del mundo europeo.

Esta orientación primaria hacia Europa del con-

cepto soviético de la revolución mundial tiene muchos rasgos totalmente ilusorios, de los cuales el político ruso no puede darse cuenta debido a su aislamiento casi completo del mundo europeo. Nos referimos, por ejemplo, al reemplazo de la toma del poder a través de la acción revolucionaria directa, por la idea de una influencia del ejemplo soviético sobre los pueblos del mundo capitalista. Después de lograr su seguridad externa gracias a su propio desarrollo económico, la URSS no reasumió la tesis de la revolución permanente sino que empezó a creer que podía ejercer un "efecto de demostración" sobre el mundo occidental. Pero éste no se ha realizado y es precisamente la falta de este "efecto de demostración" lo que explica el total estancamiento actual del movimiento revolucionario comunista en los países capitalistas del mundo desarrollado.

Esta famosa tesis del movimiento comunista pro-moscovita no es sino una nueva formulación de un rasgo fundamental que aparecía ya en los comienzos de la revolución rusa y que más adelante llegó a ser la teoría de la toma del poder a través de la vía electoral. Como lo vimos, la revolución rusa no fue esencialmente violenta, incluso tuvo muchos pasos electorales previos. Por lo demás, la vía electoral para la toma del poder nunca ha sido definida por el movimiento comunista como vía constitucional. En realidad sólo se presenta como la descripción de un método revolucionario, conforme a la experiencia rusa, que parte de la toma del poder en los grandes centros de los respectivos países capitalistas extendiéndose desde ahí hacia el país entero.

El planteo chino

Para aclarar mejor el sentido de la revolución según el modelo soviético, debemos analizar brevemente ahora la tesis contraria que surgió en el movimiento comunista mundial, la de la revolución china. Según el modelo soviético la conquista revolucionaria de los países capitalistas es una meta clave, y la toma del poder no requiere necesariamente una violencia metódica previa. Debe poder realizarse por la vía electoral o pacífica —la que por de pronto no se concibe como una vía constitucional sino como un movimiento de masas que presiona por medio de elecciones, sean ellas libres o no—. Pero la revolución debe empezar con la toma del poder en los centros económico-industriales tanto de los

distintos países capitalistas desarrollados como de las demás naciones. Los rusos se mantienen, pues, fieles al antiguo esquema del movimiento revolucionario anterior a la 1ª Guerra Mundial, aportándole ciertas modificaciones para compatibilizarlo con la realidad histórica actual. El concepto chino da una vuelta completa a este esquema. La revolución en los países capitalistas desarrollados tiene aquí el mismo significado que tenía para los comunistas europeos la revolución en los países colonizados. Los chinos opinan que la conquista de los países capitalistas desarrollados no es el factor inicial de la revolución mundial; sea realiza cuando ésta casi ha terminado. Es el Tercer Mundo el que hace la revolución, y la conquista de los países capitalistas desarrollados es sólo su resultado.

Tenemos aquí un cambio radical en el concepto de la revolución interior de cada país. Para los chinos, la violencia tiene un papel absolutamente diferente y el éxito de la revolución ya no se decide en los grandes centros de poder industrial. La conquista de las grandes ciudades se realiza una vez logrado el éxito de la revolución en el resto del país. Este es el método que se empieza a llamar la vía violenta. Mientras en Rusia la guerra civil siguió a la revolución para defenderla, en China ella es el camino que abre paso a la revolución. La guerra civil china es una guerra de guerrillas que se realiza sin el apoyo de los centros industriales, administrativos y militares del país, y no ya una guerra revolucionaria de defensa que se apoya en la dominación de estos aparatos básicos del poder.

La vía violenta representa, por tanto, otra visión del mundo. No ya una revolución permanente del tipo trotskista que siempre se orientó hacia los países capitalistas desarrollados. Pero sí una revolución permanente del Tercer Mundo que ha dejado de considerar a los movimientos revolucionarios en el mundo capitalista desarrollado como una fuerza significativa para la revolución mundial. Estos juegan un papel adicional, accidental, en el esquema de la revolución mundial, parecido al de la revolución urbana en el esquema de la guerra de guerrillas.

Cambia también la función revolucionaria del país socialista. Ya no se acepta la obligación para los movimientos revolucionarios de ayudar a un país socialista piloto; a éste se le considera más bien como cabeza de puente de la guerra de guerrillas en los países no socialistas. Según los chinos, la implantación del socialismo en un país piloto ya no

tiene la significancia que se le atribuía antes de que el mundo socialista tuviera la suficiente fuerza militar para defenderse de una intervención extranjera. La función del país socialista tiene, pues, que cambiar. La ayuda de éste ya no se proporciona a través de un "efecto de demostración", porque este concepto implica la tesis de que la revolución debe partir fundamentalmente de los centros del poder capitalista. Pero estos centros se encuentran hoy tan bien defendidos que sólo se les puede dominar sofocándolos por la conquista de sus fuentes de abastecimiento. Y esto exige en nuestro momento histórico que la Revolución empiece en los países del Tercer Mundo. Pero, en éstos, el poder administrativo, policial y militar recibe actualmente tal apoyo de los países capitalistas que cualquier brote revolucionario en los grandes centros industriales estaría irremediablemente condenado al fracaso. Una sola posibilidad le queda, pues, a la acción revolucionaria: iniciarse en el campo por la guerrilla, o sea por la vía violenta.

Tal es, hoy día, el punto de partida obligado de toda la actividad revolucionaria.

La etapa de los cambios

Cuando se discute la revolución y sus problemas en círculos no marxistas, el análisis se centra principalmente en el hecho de que ni la posición rusa ni la china conciben una vía de toma de poder que podríamos llamar constitucional-electoral. La misma vía electoral soviética considera la posibilidad del asalto del poder en cualquier momento. Pero el argumento más decisivo para esta exclusión de la vía constitucional es otro: se funda en la tesis referente a lo que llamábamos antes la vía de cambio y la sociedad posterior a la revolución. Pasamos, por lo tanto, al segundo complejo de problemas, a la discusión de las vías de cambio en su interrelación con el concepto de la sociedad posterior a la revolución.

La ideología marxista es firme y tajante al respecto. Si bien se puede efectuar cambios importantes dentro de la constitucionalidad de un régimen capitalista, los cambios profundos del poder económico y social, que son el objeto de la revolución social, sólo pueden realizarse a través de la dictadura del proletariado. Es utópico esperar cambios revolucionarios por la vía electoral-constitucional. En esta tesis se expresa toda la desconfianza del marxismo actual hacia la espontaneidad de las masas.

La dictadura del proletariado como vía de cambio ha tenido también significaciones distintas. El concepto de los clásicos —Marx y Engels— no se ve reflejado íntegramente en la realidad rusa. Las diferencias que encontramos entre ambos nos pueden aclarar toda la problemática de la dictadura del proletariado.

El concepto de Marx es poco elaborado, pero contiene algunos rasgos claros. La dictadura del proletariado es transitoria y pluralista. Como dictadura, priva a la antigua clase capitalista de los derechos fundamentales y de sus libertades políticas, invirtiendo así la situación de la democracia clasista del tiempo de Marx. En este sentido la dictadura del proletariado de Marx es pluralista. Si antes las libertades políticas eran privilegio de la sola clase capitalista (una minoría) y no existían para las demás (las mayorías), con la dictadura del proletariado la situación es la inversa. Las libertades políticas (de asociación, de expresión, etc.) existen para las mayorías proletarias, pero ya no para las minorías capitalistas. La dictadura del proletariado, para Marx, es pues pluralista en relación a la clase obrera, exactamente en el mismo grado y sentido en que la democracia liberal de su tiempo lo era para la clase capitalista. Pero esta dictadura democrática-parlamentaria es también contradictoria. Una vez efectuados los cambios, las limitaciones de los derechos políticos deben desaparecer totalmente y dejar el paso al imperio de la libertad.

Para Marx la época de transición se basaba en el consenso popular de expresión democrática y parlamentaria, y otorgaba a las grandes mayorías las principales libertades políticas del liberalismo, confiándose en la espontaneidad de las masas como motor de cambio. En realidad no debía ser una dictadura, sino una ampliación de las libertades humanas más allá de lo que el capitalismo podía ofrecer, pero sin llegar todavía a la libertad total.

Después de la revolución rusa el papel de la dictadura del proletariado fue reemplazado por otro que limita las libertades políticas del proletariado más allá de lo posible en el capitalismo, con la promesa de conquistar después el imperio de la libertad. Esta nueva tesis no traiciona el verdadero pensamiento de Marx, sino que refleja simplemente el hecho de que la espontaneidad de las masas nunca llegó a definirse a favor del camino de socialización que el movimiento comunista pretendía emprender. Era necesario realizar por la fuerza lo que no se po-

día lograr por el consenso popular. La dictadura tomó entonces más y más rasgos totalitarios, instrumentalizando todas las organizaciones populares y el aparato de producción del país.

Hasta aquí hemos mostrado por qué, históricamente, ha cambiado el sentido de la dictadura del proletariado en la URSS. Sin embargo, creemos necesario ahondar más en este problema. A nuestro juicio un movimiento comunista nunca va a escoger la vía electoral-constitucional como método de cambio, ni siquiera cuando se den todas las condiciones favorables. Creemos, incluso, que el comunismo quiere impedir que el cambio se efectúe por vía electoral. Con esto pasamos al problema del impacto que tiene el concepto de la sociedad posterior a la revolución sobre la elección de las vías de cambio. Nuestra tesis es que la concepción comunista como tal excluye el cambio por vía electoral-constitucional, porque su imagen del futuro excluye el cumplimiento de las garantías de libertades políticas que el mismo Marx incluía en su concepto de la dictadura del proletariado. Pero, a nuestro juicio, el pensamiento de Marx entrañaba una contradicción entre el concepto de la sociedad final y la idea de la conservación de las libertades políticas en la nueva sociedad socialista. Esta contradicción aparece sólo en el leninismo.

Marx concebía la nueva sociedad como una democracia directa, una sociedad sin clases, sin conflictos, y en la cual la voluntad de las masas se expresara en la unanimidad de la voluntad general. Sería una sociedad en la cual reinaría un acuerdo unánime sobre todos los problemas importantes que pudieran surgir. Ahora bien, la experiencia fundamental del leninismo es que esta unanimidad espontánea no se produce, ni siquiera sobre la base de las relaciones socialistas de producción. Hay que crearla artificialmente. Y esta creación artificial de la unanimidad social es la dictadura del proletariado comunista. Es lo que podríamos llamar el socialismo totalitario. Pero esta dictadura del proletariado en Lenin ya no es transitoria. En vista de que la

sociedad futura es una sociedad en la que se ha producido la unanimidad de la voluntad de las masas, el comunismo tiene que definirla forzosamente en los términos leninistas de la dictadura del proletariado. Será una prolongación lineal de la actual dictadura del proletariado. Esto queda en claro también en las actuales discusiones efectuadas en la URSS. Si bien se habla en ellas de la desaparición del Estado, nunca se menciona la desaparición del Partido Comunista como Partido Único. Y ahí está la clave del problema. Ahora podemos comprender por qué el comunista excluye el cambio por la vía electoral-constitucional. Tal vez esto se deba en parte a razones históricas y casuales pero además a razones de principios. La vía electoral produce contradicciones, revela relaciones de dominación en cualquier sociedad, sea ésta capitalista o socialista. Pero el comunismo ha optado por una sociedad sin contradicción, la democracia directa, y razones de principio lo obligan a excluir la vía electoral de cambio, que sólo puede conducir a una sociedad electoral posterior que será una sociedad con contradicciones. El fracaso del comunismo radica principalmente en esto. La sociedad sin contradicciones se puede producir sólo artificialmente; habrá que suprimir los conflictos ya que no se logrará eliminarlos. Para eso se necesita un sistema totalitario y nunca se podrá escapar a la dictadura del proletariado leninista. Pero esta incapacidad de eliminar las contradicciones encierra para los comunistas un profundo significado. Aceptar la sociedad electoral multifacética y pluralista significaría para él destruir sus convicciones metafísicas más profundas. Si el hombre no es capaz de eliminar sus conflictos, tampoco será capaz de ser dueño completo de su destino. Con esto se pierde la metafísica básica del comunismo que le da su gran mística. Por eso, con todas sus fuerzas, el comunismo quiere mantener un sistema que le permite suprimir artificialmente los conflictos y crear la ilusión de que ha hecho del hombre un ser definitivamente dueño de su propio destino.